

## UNA MIRADA SESGADA A LA NOVELA HISTÓRICA DE COLOMBIA

### *A Biased View of the Historical Novel of Colombia*

JUAN MORENO BLANCO  
UNIVERSIDAD DEL VALLE (Colombia)  
jmorenofr@yahoo.fr

**Resumen:** en las últimas décadas hay en Colombia una tensión permanente entre la historiografía republicana y la novela histórica. El presente trabajo intenta una interpretación de esa tensión y da ejemplos de novelas que ponen en juicio la “verdad” oficial sobre el pasado y proponen proyectos de pasado que reconocen las alteridades culturales al interior de la nación. Por la vía de la ficción y la puesta en intriga de esas alteridades en cronotopos del pasado nacional, la novela histórica cumpliría un papel precursor de los procesos de reconocimiento y reparación de la memoria plural en el presente colombiano de posconflicto.

**Palabras clave:** Novela histórica colombiana, novela histórica latinoamericana, anticolonialismo, ficcionalización del pasado, alteridades culturales reconocimiento; literatura y reparación de la memoria

**Abstract:** In the last decades there has been a permanent tension between the republican historiography and the historical novel. This article intends an interpretation of this tension and gives examples of novels that make arise doubts about the official “truth” of the past and propose projects of the past that recognize cultural alterities of the interior of the nation. Via fiction and by the narrative of these alterities in cronotopes of the national past, the historical novel takes on a precursory role of the processes of recognition and repair of the multiple memory in the Colombian present of postconflict.

**Keywords:** Historic Colombian Novel, Latin Historical American Novel, Anticolonialism, Fictionalization Of The Past, Cultural Alterities, Recognition, Literature And Reparations Of Memory



La preocupación sobre “lo que pasó”, “lo que en verdad pasó”, asedia a muchas sociedades nacionales que se interrogan sobre el pasado en el que se funda su presente. Esa preocupación es un resorte de la ficción novelesca de gran importancia en la literatura colombiana, en particular en la novela histórica. *La forma de las ruinas*, novela de Juan Gabriel Vásquez aparecida en 2015, es a varios títulos síntoma de esa tensión en que desde sus fueros la ficción literaria entra a participar del álgido debate sobre el pasado. En primer lugar, aparece a 30 años de la catástrofe del Palacio de Justicia en Bogotá después de su toma violenta por parte de guerrilleros del *M-19* y su retoma por el ejército colombiano, cuando sucedieron asesinatos selectivos —el asesinato de los magistrados de la Corte Suprema, ultimados la mayoría por un tiro de gracia en la cabeza— nunca dilucidados. En segundo lugar, la novela misma hace de los dos asesinatos selectivos más importantes de la historia colombiana en el siglo XX —el del General Rafael Uribe Uribe, 1914, y el de Jorge Eliecer Gaitán, 1948—, nunca dilucidados, el pivote de su trama. Y en tercer lugar, que es lo que más nos interesa aquí, la versión de Gabriel García Márquez sobre “lo que pasó” es tomada como fuente de la verdad ocultada por el establecimiento oficial, en el intrincado diálogo entre los personajes Vásquez y Carballo:

...habría debido adivinarlo antes: íbamos a hablar del 9 de abril [del 48].

“Sí, aquí está”, dijo Carballo.

Me pasó el libro [*Vivir para contarla*, memorias de García Márquez publicado en 2002] y me señaló con el dedo el pasaje: estaba en la página 352 de aquella edición que también era la que yo tenía en mi casa de Barcelona. En el capítulo en cuestión, García Márquez recordaba el asesinato de Gaitán que lo había sorprendido en Bogotá [...]

“Lea”, me dijo Carballo, poniendo la yema del índice derecho sobre una palabra. “Desde aquí”.

Después de asesinar a Gaitán, contaba García Márquez, Juan Roa Sierra fue perseguido por una turba furiosa, y [...]. (Vásquez, 2015: 58-60)

En la intriga narrativa de *La forma de las ruinas*, Carballo pretende arrinconar a Vásquez para que le confirme y amplíe lo dicho por García Márquez en sus memorias “sobre lo que en verdad pasó”, suponiendo que esto se lo habría contado su tío, político conservador sospechoso de haber participado en el entramado que desencadenó el asesinato de Gaitán. En la novela aparece pues esta tensión en que la escritura literaria (donde “La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”, según el epígrafe de las memorias de García Márquez) es tomada como pieza de convicción para aclarar la enmarañada historia.

Esta expectativa del personaje Carballo sobre el papel que cumple la literatura en la dilucidación y comprensión del pasado nacional es derivada de la violencia constante en el devenir nacional colombiano y del encubrimiento y olvido oficial que es su corolario (encubrimiento y olvido que a la vez fue convertido en una tradición “académica” de la historiografía única que hubo en Colombia hasta los años 60).<sup>1</sup> En Colombia, “lo que verdaderamente pasó” en ciertos acontecimientos del pasado es un misterio, y los lectores simbolizados por Carballo esperan que los novelistas vengán a iluminar esas zonas de sombra y a liberarlos del olvido. En este tinglado de conciencia, inconciencia, ira, ironía, expectativas, militancias, ilusiones, presupuestos, malentendidos y deseos se ha desenvuelto el subgénero novela histórica en Colombia en las últimas décadas del siglo XX y las primeras del XXI. En nuestra mirada sesgada al subgénero intentaremos una interpretación de esta pugna entre la novela histórica y la

<sup>1</sup> Véase Jorge Orlando Melo, 1988.

historia oficial dando ejemplos de cómo los novelistas, al reinventar el pasado, avivan la mencionada expectativa del lectorado y, por otro lado, postularemos la gran valía política y cultural de la novela histórica en el presente colombiano que busca urgente y generalizada reparación de la memoria.

### Los novelistas y la narrativa nacionalista del pasado

La hechura del pasado que acomete la escritura literaria en Colombia, y el consecuente horizonte de conflicto entre esta narrativa y la de la historia oficial, obedece a resortes de diferente orden, entre ellos los biográficos y los emotivos que relucen con elocuencia en las siguientes palabras del novelista Germán Espinosa:

Todos tenemos de qué vengarnos: y la literatura puede resultar una manera aceptable y aún noble de hacerlo [...] Pienso que si de algo toma venganza el escritor es de su niñez [...] Para uno vengarse de su niñez o del pasado de su raza no basta evocarlos ni representárselos, sino que es necesario conjurarlos. (Espinosa, 1990: 35-37)

Leemos entre las líneas de estas declaraciones de uno de los autores colombianos que más novelas históricas escribió a finales del siglo XX una disposición a vengarse de la narrativa del pasado enseñada y aprendida en una educación republicana que daba jerarquía de verdad a la historiografía tradicional. Con ira e ironía, el saber de la historiografía nacionalista es puesto en cuestión por el novelista que conoce muy bien su origen elitista y su naturaleza teleológica que lo lleva "...a predecir el pasado y a proyectar esa predicción en el porvenir" (Gurvicht, 1969: 357).<sup>2</sup> También entre líneas en *Cien años de soledad* García Márquez hace la metafórica puesta en cuestión del saber que sobre el pasado le enseñaron en su juventud y que se confundía con predicciones y adivinanzas: durante la peste del insomnio, cundidos por el olvido los vecinos de Macondo van a que Piedad Ternera les lea las cartas de la baraja no para conocer el futuro sino para que les adivine el pasado. Y es que, para estos y otros escritores colombianos autores de novela histórica, es evidente que la "historia nacional", enseñada en los pupitres de la pedagogía, fue ejercicio e institucionalización de una memoria selectiva que fortalecía el proyecto político triunfante. Tal es el análisis de esta historiografía que hoy hace la disciplina histórica actual:

El establecimiento de las Academias de historia tuvo que ver con la necesidad de crear una tradición nacionalista y republicana. Esta tradición debió construirse con base en la idea de que la historia de la República constituía un proceso exitoso donde también se asentaban las bases de una pedagogía cívica que se unía a la consolidación de la imagen de la nación propuesta desde el diagnóstico hecho por los "hombres de letras" que formaban esa institución o que fueron tomados como bastiones ideológicos de los proyectos triunfantes. (Betancourt Mendieta, 2003: 90)

Durante buena parte del siglo XX, los principales manuales de esa pedagogía del triunfo de una elite que se situaba no sólo en el pasado sino en el presente y porvenir nacional fueron la *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria* y el *Compendio de la Historia de Colombia para la enseñanza en las escuelas primarias de la república*, escritos por Jesús María Henao y Gerardo Arrubla y publicados con la aprobación del Estado en 1911 (con un sinnúmero de periódicas reediciones —que sólo se diferenciaban por el agregado biográfico sobre los

<sup>2</sup> Sobre la tensión existente entre la novela histórica en Colombia y la historiografía teleológica véase Moreno Blanco, 2015.

nuevos presidentes). La verdad de la “historia nacional” presente en esta narrativa se halla en consonancia con *los olvidos* de la Constitución Política de 1886 que encumbraba el legado católico hispánico y borraba los otros legados culturales del pasado colombiano: “No debemos, pues, maldecir esa conquista porque gracias a ella vino a nuestra tierra la civilización europea y le debemos el tesoro inestimable de la verdadera religión y el hermoso idioma que hablamos” (Henaó; Arrubla, 1911: 19). Esa tradición narrativa que niega o subalterniza a la alteridad viene de lejos. Ya en 1808, en el *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, Francisco José de Caldas, uno de los intelectuales fundadores del relato de la nación, hablando de la influencia del clima en la cultura jerarquizaba esencialidades entre los habitantes del altiplano (Bogotá) y de las tierras bajas, al mismo tiempo que comenzaba la obra del control de las subjetividades:

El amor, esta *zona tórrida del corazón humano*, no tiene esos furores, esas crueldades, ese carácter sanguinario y feroz del mulato de la costa. Aquí [a miles de metros sobre el nivel del mar] se ha puesto en equilibrio con el clima, aquí las perfidias se lloran, se cantan, y toman el idioma sublime y patético de la poesía. Los halagos, las ternuras, los obsequios, las humillaciones, los sacrificios, son los que hacen los ataques. Los celos, tan terribles en otra parte, y que más de una vez han empapado en sangre la base de los Andes, aquí han producido odas, canciones, lágrimas y desengaños. Pocas veces se ha honrado la belleza con la espada, con la carnicería y con la muerte. Las castas todas han cedido a la benigna influencia del clima, y el morador de nuestras cordilleras se distingue del que está a sus pies por caracteres brillantes y decididos. (Caldas, 1966: 100)

Los herederos de las rejillas mentales coloniales prolongan narración tras narración la separación/clasificación de la población. No sólo hay diferencias culturales dependiendo del piso climático que se habita, también hay —*naturalmente*— diferencia de piel y linaje étnico. En el Bolívar exiliado que en 1815 piensa la nación futura desde Jamaica aparecerá con más precisión la narrativa en que el Otro sin cultura y con esencialidades étnicas precisas debe dejar de ser lo que es —o dejar su lugar en el espacio nacional aún no fundado:

La Nueva Granada se unirá con Venezuela, si llegan a convenirse en formar una república central, cuya capital sea Maracaibo o una nueva ciudad que, con el nombre de *Las Casas* (en honor a ese héroe de la filantropía), se funde entre los confines de ambos países, en el soberbio puerto de Bahía-honda. Esta posición, aunque desconocida es más ventajosa por todos respectos. Su acceso es fácil, y su situación tan fuerte, que puede hacerse inexpugnable. Posee un clima puro y agradable, un territorio tan propio para la agricultura como para la cría de ganados, y una grande abundancia de maderas de construcción. *Los salvajes que la habitan serán civilizados*, y nuestras posesiones se aumentarán con la adquisición de la Goajira. Esta nación se llamará Colombia como un tributo de justicia y gratitud al criador de nuestro hemisferio. Su gobierno podrá imitar al inglés; con la diferencia que en lugar de un rey habrá un poder ejecutivo electivo, cuando más vitalicio, y jamás hereditario si se quiere república. (Bolívar, 1979: 26; las cursivas son mías)<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Sobre esta narrativa de los prohombres del siglo XIX colombiano dice Alfonso Múnera: “Las imágenes sobre sus regiones y sus pobladores, la valoración de su geografía y de sus razas, luego popularizadas en forma de estereotipos, se originaron, muchas veces, en las elaboraciones y reflexiones de los intelectuales criollos de XIX. Desde la región andina se construyó una visión de la nación que se volvió dominante, hasta el punto de ser compartida por otras élites regionales en las postrimerías del siglo XIX. La jerarquía de los territorios que dotaba a los Andes de una superioridad natural, y la jerarquía y distribución espacial de las razas, que ponía en la cúspide a las gentes de color blanco, fueron dos elementos centrales de la nación que se narra...” (Múnera, 2005: 22).

Así, de narración en narración, de década en década, de siglo en siglo, se construyó la memoria selectiva de una “historia nacional” en que el relato construye una imagen del Otro “salvaje” que al mismo tiempo, por efecto especular, fortifica la imagen del sí mismo “civilizado”. Hay en el fondo una técnica de representación que gana naturalidad a través de los tiempos y hace que el Otro sólo pertenezca marginalmente a ese espacio/tiempo de la nación imaginada que es católica, hispánica y civilizada. De ahí a colocar al Otro en las márgenes de la humanidad —como ya lo había hecho Alejandro de Humboldt en su *Viaje a las regiones equinocciales...* a principios del siglo XIX— sea en la pluma de novelistas como Álvaro Mutis —*La nieve del almirante*, 1984— algo “natural” :

Al anochecer se presentó una familia de indígenas, el hombre, la mujer, un niño de unos seis años y una niña de cuatro. Todos desnudos por completo. Se quedaron mirando la hoguera con indiferencia de reptiles [...] Tienen los dientes limados y agudos y la voz sale como el sordo arrullo de un pájaro adormilado [...] Los indios atraparon algunos peces en la orilla y se fueron a comerlos a un extremo de la playa. El murmullo de sus voces infantiles duró hasta el amanecer. (Mutis, 1987: 19-20)

En el espacio/tiempo de ese pasado nacional narrado por la memoria selectiva de las élites el Otro que no tiene las esencialidades de los prohombres fundadores de la nación está anclado en una condición de marginalidad y subalternidad definitiva. Como lo veremos, ese aspecto de la representación del pasado nacional es lo que más interesará confrontar a muchos de los autores de novela histórica en Colombia.

### El Otro como protagonista de la historia

En la novela histórica colombiana encontraremos recreaciones ficcionales del pasado nacional que no confirman los hábitos representativos de la historiografía tradicional republicana con respecto a su alteridad cultural. Autores como Manuel Zapata Olivella y Bernardo Valderrama Andrade escribirán proyectos representativos que no vienen desde las elites y que ponen en crisis la idea de que el Otro no “blanco” no hace parte de la historia; sus proyectos narrativos dan al lector la idea de que el pasado nacional se puede representar desde otro punto de vista y con ello avivan los conflictos interpretativos sobre el pasado, el presente y el futuro de la nación colombiana.

En *Changó el gran putas* (1983) el novelista Manuel Zapata Olivella representará el pasado desde el punto de vista de la diáspora afroamericana. Entre muchas de las implicaciones que esto supone para la visión del pasado nacional sacaremos a relucir dos. La primera, que el espacio/tiempo del pasado se ve ensanchado pues la novela comienza en los barcos negreros que atraviesan el Atlántico, transportando a los africanos esclavizados. Emerge entonces una dimensión temporal que implica la memoria del esclavismo en América y las subjetividades en lucha por la libertad:

Por venganza del rencoroso Loa  
condenados fuimos al continente extraño  
millones de tus hijos  
ciegos manatíes en otros ríos  
buscando los orígenes perdidos. (1983: 16)

Fue después, hoy, momentos no muertos  
de la divina venganza  
cuando a sus súbditos

sus ekobios  
sus hijos  
sus hermanos  
condenó al destierro en país lejano. (1983: 21)

Una segunda consecuencia de este ficcional lugar de enunciación del pasado es que el “blanco” esclavista es visto dentro de la narrativa afro como el enemigo, “La loba blanca”, y como tal, como el sujeto del poder que subyuga y que debe ser vencido en la lucha histórica de los afroamericanos.

En *El gran jaguar* de Bernardo Valderrama Andrade (1991) también el espacio/tiempo del pasado es diferente al de la tradición narrativa de las elites republicanas. Se trata de una trama que se desenvuelve en la actualmente llamada “Sierra Nevada de Santa Marta”, antes de la llegada de las carabelas españolas en 1492, es decir, en el tiempo amerindio. En esta narración el Otro también es el blanco. “Los Ubatashi” son hombres blancos que han llegado en canoas y con quienes los amerindios entrarán en guerra; una vez que los amerindios derrotan a los invasores su chamán, el “Jaguar Negro”, pronostica la llegada futura de nuevos invasores, es decir, la Conquista. Aquí también el blanco conquistador es visto como futuro enemigo.

Con el ejemplo de estos novelistas podemos asumir que la narrativa de la novela histórica se ha independizado de la concepción de la historia propia de las elites que no narraron sino el cronotopo y el tipo de sujeto cultural que los auto-representaba. Al ficcionalizar un pasado nacional estructurado alrededor de un espacio/tiempo que incluye al sujeto cultural “olvidado” por la narrativa de la historiografía republicana, los escritores de novela histórica nos muestran proyectos de pasado incluyentes en los que surge la imagen de una nación colombiana plural y heterogénea. Es como si la narración literaria que toma como tema el pasado nacional hubiera sido un antecedente cultural que anunciaba la Constitución Política de 1991 donde, por fin, se reconoce la pluralidad cultural de la nación colombiana.

### **Ficcionalización de un pasado colonial anticolonial**

Cambiar la idea que tenemos del pasado rehaciendo ese pasado y construyendo una imagen de la historia que se proyecte sobre las problemáticas políticas y culturales del presente, parece el propósito de las ficciones de la época colonial de Germán Espinosa y de Gabriel García Márquez en sus novelas *Los cortejos del Diablo* (1985) y *Del amor y otros demonios* (2011). Muy lejos del absoluto y tranquilo control imperial español sobre la Cartagena enclave esclavista del Caribe, en las novelas de estos escritores vemos a la Cartagena colonial como hervidero urbano de tensiones y encuentros propiamente americanos —es decir, plurales— que hacen pensar en la etimología fenicia del nombre de la ciudad, *Kart-Hadasht*, Ciudad Nueva; la ciudad que leemos no parece descansar en la calma virreinal, todo lo contrario: ella es escenario de enfrentamiento de fuerzas sociales y culturales.

El sistema de dominación imperial español en la Cartagena colonial es visto en estas dos novelas a través de los funcionarios de la Iglesia que administran lo relacionado con el mundo de las almas, las almas del Nuevo Mundo. El Inquisidor y el Obispo sirven de prisma que desnuda ante el lector la subjetividad de los españoles que han atravesado el Atlántico para doblegar en Cartagena de Indias toda rebeldía espiritual contra el Rey y la fe cristiana. Empero, las conjuraciones narrativas de nuestros dos novelistas nos dan la imagen de un poder que, al menos en su cara espiritual, no ha doblegado a nadie en el Nuevo Mundo sino que por el contrario se halla en intensa lucha con mundos espirituales y cosmovisiones que sin pausa lo desafían y, a veces, lo doblegan. Tanto Espinosa como García

Márquez han narrado la ruina espiritual de los hombres de iglesia —y su empresa—, cuyo destino ha perdido su sentido y los pone ante la inminencia de la muerte en América. En *Los cortejos del diablo*, 1970, tenemos la expresión del requiebre sincero de la humanidad del Obispo: “Nadie vive la vida que escogió ni la muerte” (Espinosa, 1985: 142). “La muerte, esa hermana menor de la vida. La muerte. *Quand on est mort c’est pour longtemps*” (143).

También, para completar la imagen de esta crisis, tenemos la figura del Inquisidor cuya subjetividad se desestructura: “[...] he terminado condenándome yo mismo” (13); “Me pudriré en el cuartel de los porquerones. Si antes no me pudre este calor, diablo, no me pudre en vida” (17); “No me vengan a mí con el cuento del martirio, que bien conozco lo fácil que es morir cuando no se ama la vida” (161); “Cómo no dudar ahora de la verdad de mi religión, si por servirla me convertí en piltrafa ambulante” (163).

El Obispo de *Los cortejos del diablo* ya no siente encarnar ninguna autoridad espiritual; más bien constata un fracaso o una debilidad del poder imperial ante el impenetrable y aparentemente invencible poder del Nuevo Mundo que es identificado con la alteridad radical de la espiritualidad imperial española, el diablo:

Pero es mi culpa, por haber abandonado mi calentito refugio cirterciencia para venirme a este mundo que por nuevo, precisamente por nuevo, nos está diciendo que nada tiene que ver con el nuestro, que es mundo aparte, que aquí los malos triunfan no sólo cuando son más que los buenos, que aquí se le cortan a Dios las uñas y se toleran más de cuatro cosas porque estos territorios están impregnados del paganismo que los habitó por siglos, ay, en el cual todavía viven... (138)

Debí comprender que en estas tierras no gobierna Dios sino el diablo. (139)

En *Del amor y otros demonios* (1994), García Márquez coincide con la imagen del deterioro espiritual de las autoridades españolas que en la Cartagena colonial parecen haber encallado en un proyecto sin futuro. “‘Es horrible’, dijo el obispo, ‘cada hora me resuena en las entrañas como un temblor de tierra’” (García Márquez, 2011: 63). “¿Te parece justo que uno necesite hasta un año para saber que es huérfano? [...] Me llena de terror la sola idea de que en España hayan dormido ya esta noche” (106). “Hemos atravesado el mar océano para imponer la ley de Cristo, y lo hemos logrado en las misas patronales, pero no en las almas” (114). “Todo lo mío está ya en las manos de Dios [...] Tengo la edad en que murió la virgen” (115).

El intertexto de las dos novelas es un ajuste de cuentas con la herencia espiritual tan preciada por las elites fundadoras de la república católica colombiana. Es como si se trajera del pasado, por medio de la conjuración narrativa, una obsesión cultural de la América que fue puesta bajo el yugo de la verdad espiritual de la España imperial y cuyas expresiones espirituales y religiosas propias fueron arrasadas, o casi; en tales puestas en intriga la religión que ofrece el imperio al continente americano no merece echar raíces y el presente de la experiencia lectora se interroga sobre esa otra posibilidad histórica de una América sin la hegemonía del catolicismo en su versión española. El tiempo reabierto y la Cartagena así novelada asaltan la quietud —o pobreza— espiritual normalizada en la cultura. Si la cuartada espiritual del dominio imperial español —y de las elites de la república católica colombiana— se deshace en la trama novelada, la labor reconfiguradora de la lectura bien puede interrogarse sobre el valor real del legado español en nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro. En la escritura de nuestros novelistas tiene lugar una operación axiológica que nos hace relativizar la importancia de algo que fue y sigue siendo en la

duración histórica colombiana la columna vertebral que sostiene el conservadurismo de instituciones y poderes civiles tan injustos como violentos.

Pero el intertexto que desde el novelado pasado cartagenero asedia nuestro presente también da alternativas históricas y éstas se hallan en clave americana. En *Los cortejos del diablo* el personaje-bruja Rosaura García representa una fuerza, un poder, una alternativa histórica ante la crisis del poder: "...veo aquí el comienzo de un lento pero seguro desmoronamiento. Porque dos guerras acechan en los flancos de España" (79). Su voz y su poder nuevo parecen nutrirse de fuerzas sagradas: "...un discurso que a todos dio la impresión de estarle siendo dictado por una voz perdida en la bruma temporal, por la memoria de un ancestro enrollado como culebra del Edén en los palos de bálsamo, en las encinas cubiertas del adhesivo polvo de los años" (155). En ella existe una conciencia que quiere hablar al mundo y cambiarlo: "Por eso pensaba en ilustrar al mundo sobre la importancia y necesidad de la brujería. En expandir a los cuatro vientos, antes de su muerte inevitable, la voz de su clarividencia. Soltar su premonición sobre las plazas" (132). Su voz no es una voz individual sino que en el tejido de la narración logra gobernar un movimiento efectivo de mujeres y hombres de carne y hueso que se liberan del control español:

...cuando ella dejó flotar aquella única frase que de una misteriosa forma compendiaba su querer y su imposición enérgica.

Vamos a marchar sobre la Plaza Mayor, para que vean que a los brujos todavía no nos han clavado una estaca en el pecho.

Y treparon todos en una gran carreta tirada por mulos y hacían gran algarabía y sacaban música de los caracoles, los rondadores y los pífanos y utilizaban cuernos de bueyes para ir pregonando su paso y folgaban dentro de la carreta e inventaron la canción del carro charro y asombraron al mundo y se dirigieron, sobre las ruedas chirriantes y desequilibradas, a la Plaza Mayor de la muy ilustre villa. (137)

En *Del amor y otros demonios* el personaje Sierva María de Todos los Ángeles instaaura con su presencia, en el mismísimo convento a donde ha sido llevada para ser doblegada, su calidad cultural de sujeto heterogéneo americano: "...nunca como entonces era tan agitada y libre la vida del convento [...] Una niña endemoniada dentro del convento tenía la fascinación de una aventura novedosa" (80).

pasaron dos esclavas negras que reconocieron los collares de santería y le hablaron en lengua yoruba. La niña les contestó entusiasmada en la misma lengua. Como nadie sabía por qué estaba allí, las esclavas la llevaron a la cocina tumultuosa, donde fue recibida con alborozo por la servidumbre [...] A quienes le preguntaron cómo se llamaba les dio su nombre de negra: María Mandinga. Recuperó su mundo al instante. Ayudó a degollar un chivo que se resistía a morir. Le sacó los ojos y le cortó las criadillas, que eran las partes que más le gustaban. Jugó al diábolito con los adultos en la cocina y con los niños del patio, y les ganó a todos. Cantó en Yoruba, en congo y en mandinga. (73-74)

Esas presencias alternativas en el universo colonial-imperial español desmienten su pretendida naturaleza compacta, lo resquebrajan, afirman la alteridad de lo americano que pese a las estructuras del dominio demuestran que América nunca llegó a ser totalmente conquistada y menos totalmente colonizada. La lectura de estas narraciones aprehende el sabor de un universo de contrapunteos y oposiciones de etnias, lenguas y culturas que relativizan la fantasía civilizadora de los proyectos republicanos fundados en un monologuismo político y religioso.

En resumidas cuentas, las intrigas narrativas se resuelven dejando a España como la derrotada de la historia. En *Los cortejos del diablo* la blanca Cartagena, en conflicto contra la Tolú oscura, selvática y dominada por poderosas fuerzas

americanas —cimarronas—, es derrotada cuando la figura del Inquisidor se rinde espiritualmente y es conducida a la profundidad de lo americano:

Y las brujas bajaron y alzaron el cuerpo monumental del Inquisidor por los aires impregnados de azufre, para conducirlo a Tolú, tierra del bálsamo donde por toda la eternidad habría de besar a Buziraco —el espíritu de Luis Andrea— su salvohonor negro y hediondo. (163)

En *Del amor y otros demonios* el personaje Sierva María contraría el porvenir de tortura que las autoridades obiscales le tienen reservado. El imperio más grande del mundo está empeñado en afirmarse en el sufrimiento del cuerpo de la niña pero el designio del poder colonial no se cumplirá. En ejercicio de performances culturales americanas, Sierva María despliega la facultad de darse la muerte en la dimensión onírica y se escapa del destino que le esperaba en las manos de los ejecutores de la salud espiritual por la vía del dolor. El final de las dos novelas revela en el plano de la historia el desenvolvimiento de fuerzas contrarias al principio colonial según el cual el sujeto de las colonias solo cumple los roles históricos que el imperio le ha asignado. Estas no son novelas confirmadoras del paisaje cultural propio del modelo colonial. No; estas son novelas en que el escenario americano es el lugar de emergencia de un sujeto histórico-cultural que desafía el principio colonial y se atreve a darse su propia historia. Gracias a las fuerzas de la imaginación, la memoria y la historia, el intertexto de la Cartagena conjurada por Germán Espinosa y Gabriel García Márquez asedia nuestras preocupaciones del presente sobre la integralidad de nuestros legados y cómo su reconocimiento nos abre las puertas del futuro, un futuro no colonial.

La dinámica heteroglósica y heterológica puesta así en intriga en la cultura y en los cronotopos del pasado histórico colombiano-americano hacen la fuerza de una novela histórica cuya escritura, en el ámbito político, ha llegado a colisionar con la escritura *tradicional* de la historia. “La (re)escritura del pasado desde los márgenes y desde abajo, en relación (y en oposición) con la Historia escrita desde el centro y desde arriba, le da a la novela histórica latinoamericana contemporánea una dimensión reflexiva y un carácter político, y no meramente filosófico” (Pons, 1996: 298).

Y en esos pactos de lectura propuestos por la escritura de nuestros novelistas, “El regreso del pasado no es siempre un momento liberador del recuerdo, sino un advenimiento, una captura del presente” (Sarlo, 2005: 9). Gracias a los mundos desplegados por la novela histórica la novedad del pasado toma por asalto al etnocentrismo republicano que duró institucionalmente hasta la constitución de 1991 y crea la infalible estela de reparación de la memoria sin la cual Colombia nunca entrará de verdad en el postconflicto.

## BIBLIOGRAFÍA

- CALDAS, Francisco José de (1966), “Del influjo del clima sobre los seres organizados”, *Obras completas de Francisco José de Caldas*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia/Imprenta Nacional, pp. 79-119.
- BETANCOUR MENDIETA, Alexander (2003), “La nacionalización del pasado. Los orígenes de las historias patrias en América Latina”, en FRIEDHELM SCHMIDT-WELLE (ed.), *Ficciones y silencios fundacionales. Literaturas y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX)*. Madrid, Iberoamericana/Vervuert, pp. 81-99.
- BOLÍVAR, Simón (1979), “Carta de Jamaica”, *Tres documentos de Nuestra América*. La Habana, Casa de las Américas, pp. 9-30.

- ESPINOSA, Germán (1985), *Los cortejos del diablo. Balada de tiempo de brujas*. Bogotá, Editorial la Oveja Negra.
- (1990), “El ocioso trabajo de escribir”, *La liebre en la luna*. Bogotá, Tercer Mundo Editores.
- HENAO, Jesús María; Arrubla, Gerardo (1911), *Compendio de la Historia de Colombia para la enseñanza en las escuelas primarias de la República*. Bogotá, Imprenta Eléctrica.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel (2011), *Del amor y otros demonios*. Bogotá, Grupo Editorial Norma.
- GURVITCH, Georges (1969), “La multiplicité des temps sociaux”, *La vocation actuelle de la sociologie*, T. II. París, Presses Universitaires de France, pp. 342-364.
- MELO, Jorge Orlando (1988), “La literatura histórica de la República”, en Manual de literatura colombiana, T. II. Bogotá, Procultura/Planeta, pp. 596-598.
- MORENO BLANCO, Juan (2015), *Novela histórica colombiana e historiografía teleológica a finales del siglo XX*. Cali, Programa Editorial de la Universidad del Valle.
- MÚNERA, Alfonso (2005), *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano*. Bogotá, Editorial Planeta Colombiana S. A..
- MUTIS, Álvaro (1987), *La nieve del almirante*. Madrid, Alianza Tres.
- PONS, María Cristina, (1996), *Memorias del olvido. La novela histórica de fines del siglo XX*. México, Siglo XXI.
- SARLO, Beatriz (2005), *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- VALDERRAMA ANDRADE, Bernardo (1991), *El gran jaguar*. Bogotá, Editorial Plaza y Janés.
- VÁSQUEZ, Juan Gabriel, (2015), *La forma de las ruinas*. Bogotá, Alfaguara.
- ZAPATA OLIVELLA, Manuel (1983), *Changó el gran putas*. Bogotá, La Oveja Negra.